

EL ENCARGO DADO AL HOMBRE EN LA CREACIÓN Y LA CRISIS ECOLÓGICA

*Schöpfungsauftrag und Umweltkrise, Stimmen der Zeit, 194 (1976) 117-127*¹

Con el término "crisis ecológica" nos referimos a un conjunto de problemas: polución atmosférica, contaminación de las aguas; empobrecimiento del campo y explotación abusiva del subsuelo; peligros provenientes de los residuos de todo tipo, incluidos los radiactivos; "envenenamiento" de los alimentos; despilfarro de energía y materias primas, y su repercusión negativa en la vida psíquica y social. En todos ellos se trasluce una actitud irresponsable del hombre frente a la naturaleza, a la que explota de forma sistemática, sin preocuparse por restablecer el equilibrio que él ha roto. Este deterioro del medio, que es cada día más grave y más amplio, destruye la fauna y flora, pone en peligro la salud corporal y mental del hombre, y atenta a la existencia de generaciones futuras.

El cristiano, ya sea porque sufre las consecuencias de este deterioro del medio ambiente, ya sea porque es causa del mismo (el mero hecho de conducir un coche le incluye en esta categoría), debe sentirse cuestionado. Este desafío social le obliga a reflexionar sobre la responsabilidad de su actitud en el mundo. La problemática del medio tiene que ver con su actitud ante la vida y la muerte (5º mandamiento) y ante los demás (mandamiento del amor al prójimo), con la aceptación o rechazo de aquellas concepciones dominantes que con frecuencia se presentan como valores últimos y que suelen degenerar en dioses e ídolos (1er mandamiento), con su conducta respecto a los bienes de la tierra confiados a todos los hombres (mandamientos 7, 9, 10).

Las reflexiones que siguen no pretenden ser completas ni ofrecer *la* solución de la crisis ecológica. Sólo quieren aceptar el desafío ante el que dicha crisis del medio sitúa al cristiano, confrontarlo con la fe bíblica de la creación y llegar a esbozar las líneas fundamentales que podrían caracterizar la visión cristiana del problema y su superación. Estamos convencidos de que un modo de proceder, en el que teórica y prácticamente se reconozca a Dios como el creador permanente de todas las cosas, tiene algo que aportar a la solución de problemas que tienen su causa en una producción explotadora autónoma y en un crecimiento técnico y económico ilimitados.

Del fracaso de la técnica a la crisis de valores

En una primera aproximación, se pueden distinguir tres niveles relacionados entre sí, en los que cabe situar el problema de la contaminación: 1) el científico-técnico; 2) el político, económico y social; 3) el valorativo, filosófico y teológico.

1) Los estudios técnicos e industriales (aunque no sólo ellos) presuponen, sin más, que la tecnificación progresiva y creciente (cualitativa y cuantitativa) es el único medio eficaz para eliminar el deterioro actual y evitar el futuro. Se piensa que la mejor manera de estabilizar y aumentar el bienestar social, de erradicar las injusticias, y, en general, de garantizar una vida algo más digna del hombre es fomentar el desarrollo técnico y económico.

A este enfoque se le achaca, no sin razón, que justifica la existencia de algunas industrias por el mero hecho de que las tenemos. La incorporación de secciones ecológicas (los complejos eco-industriales) permite a algunas empresas el aparecer como más necesarias; pues se puede ganar más dinero en la terapia que en la profilaxis. Pero la historia, aun la más reciente, ha puesto de manifiesto, con suficiente claridad, que el progreso a cualquier precio, en lugar de estabilizar y afianzar el bienestar social, conduce a menudo a quiebras y crisis del sistema económico y político. El crecimiento canceroso azuza necesariamente los conflictos. "Es una contradicción ser conservador y apoyar el crecimiento industrial, pues éste cambia el mundo y mina la base de todo orden establecido... Los verdaderos subversores del sistema son los partidarios del crecimiento industrial" (G. Picht).

2) En el plano político-social, los *críticos marxistas*, junto a reformistas de la más variada proveniencia, han prestado especial atención al tema. Para ellos, el deterioro del medio es una consecuencia de la propiedad privada de los medios de producción en los países capitalistas. El afán de lucro, acicate de la producción, invierte la relación entre las necesidades y su satisfacción. Para solucionar la crisis del medio, pues, es indispensable socializar los medios de producción y regular el mercado por medio de centros de planificación.

Pero, en la propuesta marxista, quedan aún muchas cuestiones abiertas: casi todos estos críticos marxistas apuntan también a un crecimiento ilimitado; no pueden presentar ninguna explicación convincente de esos mismos problemas en los países socialistas, ni ofrecer una estrategia de solución para los mismos. Su argumento monocausal no tiene en cuenta la complejidad de la crisis del medio ambiente, y, por tanto, no se toman realmente en serio la problemática específica del asunto.

Toda toma de conciencia diferenciada del problema del medio sería, con todo, inútil si no se concretara en soluciones técnicas y económicas, y en medidas y cambios a nivel político y social. Pero estas soluciones y cambios exigen, a su vez, replantearse y repensar los valores sobre los que se basan.

3) En este nivel de las representaciones valorativas, ocupa un lugar preferente la *idea de progreso*. Tres fuerzas desataron en occidente la dinámica expansionista: la física, que descubrió las energías de la naturaleza y se sirvió de ellas; un estilo dinámico de planificación económica, que despertó las fuerzas latentes de la competencia; y la democracia, que desencadenó la ambición y deseo de autodeterminación. A pesar de las fuertes experiencias-límite (guerra mundial, amenaza atómica, dictaduras, recesiones económicas) a que se ha visto expuesta esta idea de progreso, con todo parece que sigue sin tambalearse. Es necesario, pues, investigar el fundamento y la justificación del progreso, diferenciarlo del cambio, distinguir entre crecimiento cualitativo y cuantitativo, y, sobre todo, no transportar sin la pertinente crítica las regularidades del desarrollo industrial a los ámbitos de la justicia, la cultura y el humanismo. Es preciso reconciliar conservación y progreso, fijando unos límites que respeten el "quantum" de tecnología y organización, humana y socialmente tolerable.

La *calidad de la vida* es otro valor a tener en cuenta. ¿Qué necesidades son legítimas y cuáles no? ¿Qué son estos valores: bienestar material, seguridad social, medio ambiente sano, intereses políticos, derecho a lo privado, etc? ¿Cómo se jerarquizan y por qué?

A la base de estos dos valores mencionados, se hallan determinadas concepciones dominantes sobre *el lugar del hombre en la naturaleza y en la historia*. ¿Por qué el hombre moderno sigue creyendo, a pesar de Galileo, que el mundo gira a su alrededor; a pesar de Darwin, que está muy por encima de los animales; y a pesar de Freud y Jung, que puede dominar y dirigir la vida reprimiendo lo religioso? ¿Hasta qué punto está inevitablemente inserta en la naturaleza toda cultura, y en la corporeidad toda espiritualidad? ¿Dónde y cuándo se empieza a no tener en cuenta y a aniquilar esta base de la vida?

Parece como si el desafío de la crisis del medio ambiente alcanzara su punto álgido en el problema de la relación fundamental entre el hombre y la naturaleza. Y éste es también el punto de partida de las reiteradas críticas al cristianismo.

¿Consecuencias despiadadas del cristianismo?

Lynn White ve en la ciencia moderna, desde el punto de vista histórico, una extrapolación de la teología natural cristiana. Puesto que Dios ha creado la naturaleza, ésta ha de manifestar los planes divinos. Durante siglos, la tarea del científico fue el "considerar los planes de Dios". Así, la tecnología aparece, al menos en parte, como una manera occidental y voluntarista de hacer real y efectiva aquella concepción del hombre como imagen de Dios y, por tanto, partícipe de la trascendencia de Dios sobre la creación. El conflicto (irrelevante en este contexto) entre la ciencia y la iglesia presupone una base común: el convencimiento de que el hombre es radical y fundamentalmente superior a la naturaleza (precisamente en la desdemonización de la naturaleza se basa el triunfo del cristianismo sobre las religiones naturales precristianas).

"No hay en todo el mundo ninguna religión que sea tan antropocéntrica como el cristianismo -sobre todo en su caracterización occidental-... El cristianismo no sólo ha establecido un dualismo entre el hombre y la naturaleza, sino que ha llegado a declarar explícitamente que es voluntad de Dios que el hombre la explote en provecho propio. Nuestra ciencia y tecnología modernas están tan embebidas de la arrogancia cristiana ortodoxa ante la naturaleza, que es vano esperar de ellas una solución a la crisis ecológica. Y, ya que las raíces de nuestras dificultades son tan profundamente religiosas, el remedio tendrá que ser esencialmente religioso, tanto si lo llamamos así como si no" (White). White ve en la capacidad de replanteamiento y conversión del cristianismo una de las más importantes vías de solución al problema.

Siguiendo esta línea de pensamiento, *Carl Amery* ha hecho acusaciones más graves (en: *Fin de la providencia. Las lamentables consecuencias del cristianismo*). A pesar de su oposición, ortodoxos y herejes tienen esta fe común: el singular destino del hombre, su misión de dominio total, y el consenso religioso de que todo cambio del mundo garantiza progreso. La actual situación catastrófica, dice, tuvo su origen en la aceptación e interiorización sin límites de esta idea rectora de la tradición judeo-cristiana. Al descubrir el futuro como promesa, el cristianismo abandona el concepto cíclico del tiempo de los griegos. Amery constata que la iglesia se aparta, al menos desde Constantino, de su mensaje: aquella naciente comunidad, centrada en la venida del Señor y que no se preocupaba por la existencia material, se transforma en un aparato eclesiástico de poder, que se inmiscuye cada vez más en los asuntos de la vida

mundana. Ve una cierta continuidad (señalada ya por M. Weber) entre la misión de dominio del Génesis, la ética monacal, la ética del rendimiento de calvinistas y neocatólicos, y la moral del consumo y producción de nuestros días.

El informe del MIT (*Límites del crecimiento*) se refiere también al influjo cristiano. La formulación más clara y contundente es la de J. W. Forrester: "Si lo examinamos detenidamente, el cristianismo es un conjunto de concepciones valórales codificadas que fomentan el crecimiento... El cristianismo es una religión del crecimiento exponencial".

No son voces aisladas. Si durante siglos se ha tildado al cristianismo de enemigo del progreso, ahora se le acusa de desarrollista.

En defensa de la comprensión bíblico-cristiana de la creación

Algunos hechos importantes parecen indicar que no están justificadas, al menos con la generosidad con que se han hecho, las acusaciones lanzadas contra el cristianismo.

El *oriente griego*, que también es cristiano, marchó por otros derroteros que el occidente latino. Si el santo occidental actuaba, el oriental meditaba. Para la iglesia oriental la naturaleza es el sistema simbólico por el que Dios habla al hombre. En esta comprensión más bien artística, no han florecido las ciencias ni los grandes avances tecnológicos.

En los períodos de excesivo compromiso mundano de la iglesia, no faltaron *movimientos de protesta*, que propugnaban una vuelta o conversión al evangelio y un distanciamiento radical del dominio técnico de la naturaleza (los padres del desierto, Cluny, los franciscanos, Foucauld). El propio White propone nombrar a Francisco de Asís patrono de la ecología, ya que, en su opinión, quería "destronar al hombre de su pedestal de monarca de la naturaleza e instaurar una democracia de todas las creaturas de Dios". Si los santos representan el auténtico espíritu del cristianismo, la arrogancia ante la naturaleza no es una de sus características.

Las mismas *prescripciones prácticas de la ley judía* relativizan la misión de dominio del hombre sobre la naturaleza de Gn 1. La fe en la soberanía de Dios sobre toda la tierra fija unos límites claros a la propiedad humana, p.e., la obligación de permitir a pobres y caminantes coger unas espigas o unas uvas; la obligación de entregar el diezmo a Yahvé y a los pobres; la obligación de dejar en barbecho los campos los años sabáticos y la del jubileo (7.º y 50.º).

En el *relato sacerdotal de la creación* (los acusadores de la comprensión judeocristiana de la naturaleza no dejan de citarlo en apoyo de sus tesis), dice Dios al hombre: "sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla; dominad en los peces del mar, en las aves del cielo y en todo animal que serpea sobre la tierra" (Gn 1,28). Tras un examen detenido de Gn 1,28 (cfr los estudios de N. Lohfink) se puede afirmar que este texto bíblico no justifica en absoluto la explotación egoísta del mundo. Al presentar al hombre como imagen de Dios, no hace sino subrayar la especial cercanía del hombre a Dios, y de ahí no se puede sacar ninguna conclusión en favor de una misión creadora o soberanía mundana del hombre. Por otra parte, en la mentalidad sacerdotal, la bendición

de fecundidad no se transmite a todas las generaciones futuras. Se cuenta más bien con que esta bendición (que no es precisamente un mandamiento) se hará realidad un día y que la humanidad no tendrá que seguir creciendo. Sería mejor traducir la expresión "someted la tierra" por esta otra "tomad posesión de la tierra", es decir, según el plan de Dios, todos los pueblos y razas tienen derecho a asentarse en sus territorios. Y el sentido original de "dominar en todo animal" es el de apacentarlos, servirse de ellos como animales de tiro, o sea, el de domesticarlos.

El *relato yahvista de la creación* (Gn 2, 4b-25) confirma estos resultados. En él se expresa con claridad la comunidad y unión del hombre con la materia que le rodea. Volverá a la tierra de la que fue formado (v19). El hombre ("adam") y la tierra ("adama") tienen un destino común, que la expulsión del paraíso no alterará (Gn 3,23).

Sin llegar a divinizar la tierra, como sucedía en Babilonia, Egipto y Grecia, conservan los escritores bíblicos un vivo sentido por la realidad de la naturaleza. Dios confía la tierra al hombre, pero sigue siendo su propietario (Jos 22,19; Os 9,3; Sal 85,2; Jr 16,18; Ez 36,5). Y, para el pueblo de Israel, este hecho se concreta en la historia de salvación en la promesa de la tierra prometida, en la liberación de Egipto, y en la asistencia divina para instalarse en ella. Se apela a este derecho de propiedad de Dios para fundamentar las prescripciones del año del jubileo: "la tierra no puede venderse para siempre, porque la tierra es mía y vosotros sois como forasteros y huéspedes" (Lv 25,23). Y en virtud de esa misma soberanía de Dios, fija la ley religiosa los límites del derecho de propiedad del hombre (obligaciones para con los pobres; los peregrinos y levitas, y la obligación de dejar los campos en barbecho).

La etnóloga M. Mead dice a propósito de las acusaciones al cristianismo: "Tales discusiones no tienen en cuenta la actitud depredadora de los europeos ni su ambición de dominio, aun mucho antes de hacerse cristianos. Ignoran las prescripciones del AT y la manera de actuar de los cristianos del oriente".

El encargo de la creación, ¿una tradición mal interpretada?

Si, pues, el sentido originario del texto bíblico de la creación no legitima esa imagen del hombre separado del resto del mundo y dominador del universo, ¿no se habrá interpretado mal ese texto a lo largo de siglos? Un compendiado recorrido histórico no parece apoyar esa explicación.

La *irrupción del cristianismo* en el mundo greco-romano impulsa notablemente la desacralización de la naturaleza, iniciada ya en el politeísmo y en la filosofía griega. Esa desacralización está a la base espiritual del futuro desarrollo científico y técnico. Sin embargo, durante siglos conviven estas dos tendencias: la que afirma el mundo y la que lo niega. Cuando la Iglesia adquirió una influencia social se comprometió en la política y la cultura. Pero, a pesar de todo el trabajo cultural de los monasterios, la corriente de espiritualidad ascética y contemplativa seguía rehuyendo el mundo. Un buen ejemplo de este distanciamiento de la actitud técnico-práctica lo encontramos en la "Imitación, de Cristo" de Tomás de Kempis.

En la síntesis greco-cristiana de *Agustín*, el universo es todo él (¡también en cuanto material!) creación de Dios y bueno en sí mismo. Pero la esencia del hombre no es

integrarse en el orden total de la creación, sino encontrarse cara a cara como persona con Dios. Sólo le interesan Dios y el alma. Para Agustín (como para Gregorio de Nisa y Ambrosio), el relato de la creación no es sino una imagen alegórica del individuo y su psicología. La semejanza a Dios se concreta en el don de la inteligencia racional, que controla y domina los afectos (simbolizados en los animales) y el cuerpo (simbolizado en la tierra). Este tipo de interpretación atécnica fue la dominante durante siglos. Las corrientes ascéticas y monacales la siguieron desarrollando y la aplicaron a la vida espiritual.

El redescubrimiento de Aristóteles en el siglo XII fomentó el estudio teórico-objetivo de la naturaleza, y el desarrollo de la matemática colaboró a que el hombre se fuera sintiendo soberano del mundo al poder describir y explicar cada vez con más precisión los fenómenos de la naturaleza. *Tomás de Aquino* prestó más atención a la cosmología que Agustín. La contemplación de la naturaleza es necesaria para el conocimiento de Dios, y su estudio permite descubrir la sabiduría y bondad de Dios, llegando incluso a atribuirle una cierta semejanza con Dios. Un error acerca de las creaturas lleva a un error acerca de Dios (*Summa contra Gentiles*). En cambio no parece tener un concepto elevado del trabajo y misión mundana del hombre.

La teologización y eclesiastización de la cultura en la Edad Media constituye un estímulo y a la vez un freno para el desarrollo de la técnica y la economía. Bien es verdad que al final de la Edad Media abundan los descubrimientos (reloj, pólvora, imprenta, compás), pero la preponderancia de lo espiritual en la teología no posibilita aún una técnica teóricamente fundada y desarrollista.

Los nuevos métodos experimentales y las innovaciones y creaciones técnicas de la edad moderna producen un cambio fundamental en la relación hombre-naturaleza. Un buen exponente de este cambio es, p.e., la reinterpretación que *Fr. Bacon* hace del relato de la creación. El hombre, dice, poseía ya en el paraíso conocimiento de la naturaleza y dominio sobre ella; por tanto, esta tendencia y aspiración no puede ser causa del pecado original. Pero con la caída perdió ambas capacidades. El verdadero objetivo del conocimiento científico es la reposición del hombre en la soberanía y poder que tenía al inicio de la creación. Ya no es, como todavía en Lutero, la semejanza con Dios el presupuesto de la misión mundana, sino que en esta interpretación es la recuperación del dominio (perdido) de la naturaleza el medio de instaurar la semejanza con Dios en el paraíso futuro.

Descartes dirá que, para disminuir las fatigas de la vida, hay que hacerse "amo y señor de la naturaleza". Este señorío no está dado, hay que conquistarlo.

El proceso de secularización de las ciencias, la técnica y la economía es imparable. El descubrimiento del nuevo mundo ofrece posibilidades casi ilimitadas. La revolución francesa y otros movimientos similares introducen cambios profundos en la organización social. El gremio de tejedores, entre otros, se alza contra la revolución industrial por la decadencia humana que acarrea. El socialismo va reduciendo cada vez más a economía la religión, la filosofía y la política. La evolución del pensamiento de Marx es en este punto compleja, pero en su teoría acoge, sin someterlo a crítica, el punto de vista de sus adversarios: el optimismo desarrollista.

Los cambios y revoluciones espirituales y técnicas se reflejan en las maneras de interpretar el relato de la creación. Mientras una interpretación atécnica es la dominante hasta bien entrada la edad media, otra legítima la marcha triunfal de la ciencia y la técnica en la edad moderna. El hombre ya no atiende a su responsabilidad ante Dios, se considera propietario y no sólo administrador fiel; no se ve como formando parte de la naturaleza, ni a ésta como su hogar. La expansión y explotación técnica y económica pasan a ser una respuesta intramundana a los deseos humanos de salvación.

En conclusión, aquellos que atribuyen al relato bíblico de la creación una responsabilidad importante en la crisis del medio no sólo no hacen justicia a su sentido original, sino descuidan también la compleja y contradictoria historia de la influencia de este texto. Es cierto que en la teología se valoró siempre la singularidad humana, pero quedaba dentro del orden de creación divina. La boyante ideología de dominio y explotación no es tanto una falta del cristianismo cuanto un producto del optimismo científico y de la fe en el progreso de la edad moderna.

Notas:

¹Sobre este tema véase también el artículo de S. M. Daecke y G. Altner, "Ante la creación extenuada", *Selecciones de Teología* 15 (1976) 197-201 (N. de la R.).

Tradujo y condensó: JUAN BAZTERRA